

# HACIA UNA FORMACIÓN CÍVICA. MÁS ALLÁ DE LA HISTORIA OFICIAL

Lourdes Jaime\*

—¿Tú no conoces al gobierno?

Les dije que sí.

También nosotros lo conocemos [...]. De lo que no sabemos nada es de la madre del gobierno.

Yo les dije que era la Patria. Ellos movieron la cabeza diciendo que no. Y se rieron. Fue la única vez que he visto reír a la gente de Luvina.

Juan Rulfo en *Luvina* de *El llano en llamas*.

Estamos en 1970, apenas ayer fue Tlatelolco y ya el país está saturado de carteles que gritan "Arriba y adelante con Luis Echeverría".

México es inmensamente tricolor, un paisaje partidistamente tricolor que muchos detestan, aunque sólo unos pocos se empeñen en el sueño de la democracia. La corrección política no ha aparecido todavía en el horizonte y descalificar a la oposición es un juego abiertamente burdo cuando es amable y con violencia cierta en el otro extremo. Golpizas, cortes "casuales" de energía eléctrica para dejar sin sonido un mitin, espías de poca monta pero mucha prepotencia, a veces y no tan a veces presos políticos y muertos "casuales".

Los niños crecen, de lunes a viernes con los textos que se renuevan cada septiembre, aunque el libro de civismo sólo esporádicamente recorre el camino de ida y vuelta entre la casa y la escuela. Seguro en la memoria de muchos, en la que huele a "magdalenas" como las de Proust, está "Teresita niña mentirosa (que) no decía nunca la verdad completa...". Quién no supo del

ángel de la independencia que dejó su pedestal cuando "El 28 de julio de 1957 un temblor nos despertó asustados...". Sentimos nostalgia hacia adelante de no ser los protagonistas del viaje aquél que llevaba a los niños "aplicados" de Ciudad del Carmen a Topolobampo, pasando por el estado que nos pertenecía y tantos lugares más. Maravillosos libros de Lengua Nacional (libros de lectura les llamábamos) que regalaron mucho sueños e historias donde supimos más del país y de las virtudes públicas —diría Victoria Camps— que en el aburrido libro de civismo. Si éste apenas forma parte de los recuerdos y era abierto únicamente para memorizaciones de prisa de las respuestas del examen semestral o ante la orden de "abran su libro de Civismo, que va a venir el inspector", poco hay que decir sobre la amenidad, y más todavía, la idoneidad de sus contenidos.

La bandera, el himno nacional, el 16 de septiembre, González Bocanegra, el escudo, un águila encima de una serpiente. Paradoja de unos textos abiertamente declarados herederos de la revolución, que fallaron donde menos se esperaba. La patria reducida a ritos huecos, a somnolientos honores semanales a la bandera, a memorizaciones absurdas. "Banderita, banderita, banderita tricolor", dicho con más prisa que emoción. Por supuesto que la madurez de una sociedad se define más por el ejercicio de la democracia que por la identificación con los símbolos patrios, pero el rechazo o indiferencia hacia ellos ciertamente refleja el

\*Responsable del área de catalogación y desarrollo de la biblioteca Jorge Villalobos Padilla del ITESO.



cansancio por un sistema político que se arrogó el monopolio del poder y con él declaró a la patria tricolor propiedad exclusiva de un partido. Desapego por la patria como metáfora que a lo mejor no es lo de menos, pues como expresa Monsiváis somos también el país que imaginamos y no hay que olvidar que el imaginario colectivo está ahí antes que nosotros, aunque luego la vida nos dé la oportunidad de reinventarlo. Dice Enrique Serna que:

Cuando un gobernante o un partido logra erigirse como símbolo nacional, sus defectos y debilidades pasan a formar parte de la idiosincrasia popular, lo que a su vez genera una cultura del autodesprecio.<sup>1</sup>

La lopezmateísta intención de educar en el pensamiento de la revolución falló, y no porque sea irrelevante conocer el mito de la peregrinación azteca con el águila que se posa en la serpiente o enterarnos que la casa de los Aquiles Serdán en Puebla tiene no sé cuántas balas que hablan de 1910. Somos por igual presente, sueños y memoria y desde ahí tan válida es la preocupación por las elecciones del 2000 que el saber sobre la fundación de

Tenochtitlan y su visualización en el escudo nacional. La disyuntiva entre el hoy y la historia resulta falsa y el problema tampoco es que tales saberes estén de más, sino que fueron y son usados —desde un patriotismo decadente— bajo el supuesto de que garantizan la formación de sujetos política y socialmente responsables. Ahí está el error, en pensar que debe haber un libro de civismo y una materia que se alimente de ese tipo de contenidos.

La verdadera formación cívica, nos hace ser buenos ciudadanos, nos ayuda a convivir dentro del respeto y el diálogo con los otros, nos prepara para construir juntos una realidad y un mundo mejor; ésa no vino de los libros de civismo; no al menos en el caso de la generación fue niña en los desarrollistas 60. La educación cívica llegó, en todo caso, a través de la vida misma y con lecturas distintas del mexicano al grito de guerra. Conocimos el país de norte a sur y de este a oeste a la par de los asombrados viajeros del libro de lectura de quinto año y por ellos nos enteramos con la mirada virgen de los 10-11-12 años, de la solidaridad de los mexicanos que ofrecen su techo y su comida a otros, no es sólo para con

nuestros vecinos y parientes; alcanzaba a todo México. A la vuelta de la esquina y del tiempo nos esperaban explosiones, presidentes con hermanos incómodos, terremotos, fobaproas, inundaciones, errores de diciembre y más, para sentirnos y ser uno en la crisis, en el dolor y en el esfuerzo por reconstruirnos. Hazaña cotidiana que ha sido y es posible por una formación cívica que está ahí a contracorriente de su poca sistematicidad, porque tuvimos esos libros de "Lengua Nacional", porque a nuestra familia la atraviesa la historia del país de determinada manera, porque la tristeza de los otros no nos es ajena, porque nos importa México más allá de los discursos nacionalistas y del tricolor triunfante y más acá del jarabe tapatío y el pozole.

Sucedió aquella noche, la memoria lo dice, en la oscuridad de esa Plaza de Armas donde alguien hablaba de democracia pese al mutismo de un micrófono sin energía eléctrica. Vimos con el asombro de los pocos años las fotos donde unos policías golpeaban a simpatizantes diversos de los tricolores de siempre. Nos enteramos, con la rabia que también pueden sentir los niños, de que una vez más se habían robado urnas y habían votado los muertos. Vivencias detonantes de reflexiones posteriores y de modos y deseos de vivir el país no sólo en el grito festivo de "vivan los héroes que nos dieron patria", sino en la experiencia de participar todos juntos de un gran sueño por concretar cada día.

Supimos que para construir relaciones armónicas y no hacer daño a los otros necesitamos de la transparencia y aprendimos con Teresita a ser responsables de los propios actos y reconocer que sabemos de la desaparición del pastel en lugar del "yo me comí, pero solamente un pedazo". No son tonterías ni nostalgia hueca, comprender y apropiarse del valor cívico de la verdad es indispensable si no queremos un país fundamentado en el cinismo y la desconfianza de los unos por los otros. De la infancia a la vida adulta no sólo pasan años sino también historias de las cotidianas y de las grandes, afectos de ida y vuelta, dolor, soledades y alegrías. Suma vital que, en el camino, lleva a veces a sacrificar sueños en beneficio

del principio de realidad y de la adaptación al medio. Nada garantiza que los valores cívicos que un niño aprende guíen su posterior actuar ciudadano, pero eso no niega la responsabilidad de la familia, de la escuela y de toda la sociedad para formar cívicamente, para sensibilizar en las cuestiones nacionales, para vivir la política y los espacios públicos como asuntos que nos atañen a todos. Desde luego que siempre habrá quien se traicione a sí mismo en aras de la rentabilidad y del sentido práctico extremo; el hecho está ahí, es fácil constatarlo, pero ese no es ahora el punto, sino la formación cívica desde la misma niñez como apuesta para la creciente existencia y acción de buenos ciudadanos.

Formar cívicamente y politizar en sentido positivo, remite menos a un curso sobre el asunto y más a una perspectiva que atraviese todo el currículo y más allá de la escuela, posibilite un conocimiento integral del país, del espacio público y de la vida toda. Sí el proceso electoral y la democracia, pero también la preocupación ecológica desde el kinder y desde la casa; a la vez la historia patria y la conciencia sobre la necesaria equidad de género; por igual la convivencia partidista armónica y el respeto de los derechos humanos; tanto el trabajo desarrollado en clave de servicio a los otros como el acto mínimo de ceder el asiento a un minusválido. La intención no es agotar la lista, sino enfatizar la importancia de una formación integral que conjugue presente con historia y aúne al saber "técnico" correspondiente en cada nivel escolar y en cada etapa vital, un saber ser en armonía, respeto y corresponsabilidad con el entorno inmediato, con la realidad del país y con el acontecer más amplio. No hay que olvidar que, como dice algún cartel conmemorativo de la *Declaración Universal de Derechos Humanos*, "Ninguno de nosotros está sobre esta tierra sólo por sí mismo solo, cada uno de nosotros está aquí por todos los demás también".

## Notas

1. En Gil, Eve. "La seducción literaria" en *Equis*, núm. 19, noviembre de 1999, p. 14.